



### coquetería leonina

**E**l león del Zoo de Copenhague está decidido a incorporarse a la civilización con todas las consecuencias. Pero abandonar la selva, conservar de ella solo un mal recuerdo, tiene sus inconvenientes. Por ejemplo, el sometimiento a la moda, la esclavitud de la estética. Para entrar en sociedad, para ser recibido con respeto, hay que acicalarse debidamente. Las convenciones vuelven del revés el refrán: «el traje hace al hombre...» y hasta el león. Instrumento indispensable para el míope, unas gafas pueden ser también expresión de coquetería. La luz del sol estival supone una buena disculpa. Y como todo es según el color del cristal con que se mira, que dijo el escéptico metido a poeta, con unas gafas idóneas el mundo gana en interés. He aquí, pues, un buen tratamiento para purgarse de pesimismo. Pero, por encima de toda divagación, lo cierto es que al león de Copenhague las gafas le sientan bien. La coquetería ha invadido el mundo zoológico. En este caso, por lo menos, proporciona al fotógrafo una excelente epose.



## con palabras

**C**UANTO pisaba lo convertía en oro. Una vez se aseguró en la comarca que había pisado a ciento diez extremeños que vinieron a una finca suya a recolectar la fresa. Pero esta, como otras habladurías semejantes, fue desbaratada por sus abogados sin gran esfuerzo.

A su suerte, a su coraje, a su inteligencia, los envidiosos le llamaban «falta de escrúpulos». Perezosa mental de los envidiosos, que habían dicho lo mismo de la oportunidad, audacia y perspicacia del padre de nuestro hombre, y del ojo clínico, valentía e indomable tesón del abuelo paterno.

Criticábanle fumar largos puros con ostentosa frecuencia, sin reparar los criticantes, que este era uno de los más penosos trabajos del prócer. Dueño como era del Consorcio de Cultivadores de Tabaco, se había impuesto, pese a la contraindicación de sus médicos, la admirable obligación de hacer el reclamo personal de las labores de sus factorías. Por este trabajo percibía modesta remuneración de hombre-anuncio, pagaba su cuota sindical correspondiente y cumplía en su persona conmovedora unión entre capital y trabajo.

De haberse divulgado tan infrecuente gesto, las envidias y maledicencias se habrían trocado en natural admiración, pero nuestro hombre, humilde en el fondo, dejaba que las gentes siguiesen considerando vicio lo que no era más que honrado y duro trabajo. De tamaño calidad era este señor.

Sus obras de caridad se hicieron famosas por lo secretas. Jamás hombre alguno llegó a dar tanto con la mano derecha, sin que su izquierda se enterase. Solo el administrador del filántropo, su jefe personal de «public relations» al mismo tiempo, sabía de la cuantía exacta de las donaciones.

Gran creador de riqueza, sustentó a los miles de familias que trabajaban en sus posesiones hasta la hora de su muerte, cristianamente acaecida a los noventa y nueve años de vida intensa.

Todo hace suponer que habrá recibido justo premio a sus desvelos, lo que no impide que los sempiternos envidiosos sospechen entre sí que está en el infierno.

MAXIMO